

—¿Váste al clus, Gorio?

—No me lo mientes, Carpio, que aborreció de él estaba, y, de anoche acá, me da calambríos el álcuerto. Á casa voy, yo no sé á qué... y esto te digo porque sé que han de pedirme pa comer mañana, y yo no tengo que dar, si no son pesaumbres.

—Güelve tamién esa hoja, Gorio, que ya siento á la mujer que por el estragal anda, y en verdá te digo que tampoco esa viene á dar.

—Entonces, ya que ná me mandas...

—Por la presente no, Gorio: cansancio tengo, y á la cama me voy.

—Á más ver, Carpio.

—Que haiga salú, Gorio.



XXVII.

LA LUZ DE UNA CONCIENCIA.

EN casa de Patricio se trataba, á la misma hora, de los propios asuntos que en la de Carpio; sólo que en el método se procedía á la inversa; es decir, se empezaba por lo del club, porque, en opinión del hijo de Rigüelta, este capítulo revestía mayor interés que el del viaje á la ciudad.

Gildo, machacado, triste y rencoroso, contó á su padre cuanto había pasado la noche antes, fijando mucho su atención en que las agresiones y el cisma hubiesen partido de dos personas como Toñazos y Chisquín, ambas procedentes de la cocina de *la otra casa*; jefes, una vez sacados de ella por la conspiración, de todos los reclutados en el mismo campo, y los más fervorosos partidarios de la flamante situación, aun mucho después de proclamada

la farándula en Coteruco. Este síntoma, con otros que el mozuelo venía notando desde algún tiempo, como el desprestigio de su padre y de don Gonzalo, le demostraban que la indisciplina más anárquica iba asomando la oreja allí, y que el hato de borregos, tan dócilmente conducidos hasta entonces, se transformaba en tropel de bestias bravías, muy dispuestas á devorar á sus pastores. Por último, la actitud de don Lope en los sucesos de la víspera, cuyos detalles tremendos enumeró Gildo, acabaron de dar al cuadro, por él descrito y juzgado, un tinte lúgubre y fatídico.

Patricio lo escuchó todo rascándose la cabeza y frunciendo los ojuelos, señales inequívocas de que le amargaba lo que oía.

—Y ¿qué piensas tú del golpe de ayer?— preguntó Patricio á Gildo, tras unos instantes de silencio.

—Pienso, padre, que se obró de ligero al darle; pienso que los antojos de un hombre de tan poco valer como el alcalde, no son quién para que por ellos se comprometa... lo que usted ha comprometido... Y bien dicho lo dije el sábado por la noche.

—Adelante, Gildo, con la cuenta.

—Pienso, padre, que sin tantas bullas y jorgorios, desde que somos los amos aquí, se hubiera ido más lejos de lo que hemos ido, con

pie más firme y sin protesta de nadie... Esto pienso, y lo que ya le he dicho endenantes.

—Pues no piensas, hijo, como debes, en lo más de lo que has pensado. Y ahora sábeta que el mal no está en la prisión de ese hombre al tunturuntún, sino en que en la ciudad haya más juicio y más nobleza de lo que yo creía.

—No veo, padre, que tenga que ver lo uno con lo otro.

—Ahora lo verás, Gildo. No te negaré que el golpe de ayer fuera clavo á que se agarrara esta gente para sacar á flote la cabeza por la noche; pero si la prisión hecha aquí se hubiera sostenido allá; si yo hubiera vuelto á Coteruco pudiendo decir: «asegurado queda ese hombre por sécula sinfinito, y porque *nos* ha dado la real gana,» que sería tanto como amenazar al más guapo con ponerle á la sombra, si se deslizaba en tanto así contra nosotros, hubieras visto, Gildo, á los valientes de anoche venir á echarme memoriales para que tú los perdonaras, y á ponerme á mí más alto que la cruz del campanario. ¡Bastante me importarían entonces los escándalos de esos borrachos, ni los humos de don Lope! ¡El Hidalgo!... ¡No hubiera él vuelto á poner los pies en Coteruco, sin que yo le trincara codo con codo y le sacara de aquí por donde ayer salió el otro!... Pero con las gentes que imperan allá, con sus miramien-

tos y blanduras de señorío... ¡Vaya usted á hacer revoluciones como Dios manda!

—¿Á lo que oigo, padre, la cosa no salió en la ciudad tan bien como aquí?

—Te digo, hijo; que en un tris estuvo que el preso no me llevara á mí á la cárcel, con mis voluntarios y todo.

—Eso será, padre, un decir de usted.

—Escucha el cuento, y verás si me chanco. Has de saber, hijo, que yo entré en aquel palacio como Pedro por su casa... ¡Como que llevaba conmigo pájaro de mucha cuenta, y esperaba que se me agradecería el obsequio! Estaba la autoridad bien acompañada de personas de viso y mangoneo, según lo suelto que hablaban y lo que cernían la levita por allí. Dije á lo que iba y presenté lo que llevaba; sonó el nombre del preso, y, en mi sentir, sonó muy recio, porque todos callaron para mirarle, y hasta la misma autoridad se quedó sustifacto.

—Y ¿qué dijo el preso?

—Ni palabra, hasta que muy fina se la dirigió la autoridad. Tocóle hablar entonces... y ríome yo, Gildo, de parlanchines como Lucas: en los jamases oí más sustancia en menos conversación, ni mayores razones con más sosiego. La verdá hay que decirla: hombre es que nació para hacerse puesto y lugar delante del más majo, y ver la luz entre lo más oscu-

ro. Punto por tilde estipuló el supuesto de la entraña de la prisión, como si nos hubiera escuchado cuando se trató del caso. Los presentes le oyeron, y hablaron entre sí algunos de ellos; y sonáronme á «ligerezas lamentables,» «venganzas ruines,» «miseriucas de aldea» y á otras tales, palabras que apañé entre las que salían en la conversación... ¡como si el hombre ese no fuera capaz de ser tan malo como el peor!... y la cosa no me hizo reir.

—Y ¿qué decía la autoridad?

—La autoridad, hijo, fuérase por lo que se fuera, no daba al auto muchas lumbres... Miraba á éste y respondía al otro; y aunque cortés con el preso, atornábalos á todos enseñando el documento que yo le dí, como diciendo: «verdá será, pero papeles cantan.»

—Su deber era ese, padre.

—Pero con más dureza, hijo; y sin tantos ítes y manejes, visto el papel de nusotros, debió mandar al hombre á lugar seguro... porque esa es la ley en tiempo de regüeltas; y si no, no hacerlas, que es lo que yo digo. Pues verás. Estando así las cosas, dieron en entrar señores... ¡yo no sé quién los avisó, ó cómo lo golieron! y abrazo va, y saludo viene al preso, y el que menos de ellos ofreciéndose con hacienda y vida á responder del hombre y de su respeto á la ley imperante.

—Serían *neos*, padre.

—Ensalzaos eran, Gildo, á lo que ver pude.

—¿Y la autoridad?...

—La autoridad, reblandeciéndose á cada paso; pero siempre, eso sí, resolviendo con el papel que tenía en la mano. Á mi modo de pensar, Gildo, la cosa hubiera quedado en «veremos,» que siempre era sacar algo, aunque no mucho, sin lo que aconteció después; y lo acontecido fué que se abrió la puerta de repente y se nos plantificó en mitad de la sala... ¡el Hidalgo de la Casona!... El mismo, hijo, y con el barro hasta el cocote, por más señas.

—¡Tendría que ver, padre!

—Espanto daba, hijo: osos he visto yo en el monte, de mirar más blando. Tan áína como supo quién era el que mandaba allí, fuese á él y puso en sus manos un oficio... Sospeché en el caso la pura verdá, y dime por muerto.

—Y ¿qué hizo el preso cuando vió á don Lope?

—Rematar la obra, como si el diablo le aconsejara; olvidarse de todo, y preguntarle por su hija. Contó el Hidalgo ce por be lo que tú y Lucas hicísteis con ella, y cómo él la había recogido, y en qué lugar; y allí verías, Gildo, á aquel hombre, tan valeroso hasta entonces, llorar como una criatura, para perdición nuestra.

—¿Perdición nuestra, padre?

—Sí, hijo; porque los que ya, al leer el oficio de don Lope, me miraron de muy mal ojo, cuando oyeron lo hecho con la Organista y vieron el dolor del padre, entendí que me zampaban... Y anda con que «el caso era infame,» y dale con que «había que poner coto á esas tropelías, para honra de la revolución...» ¡horror de cosas, Gildo! Acerqueme á la autoridad á decirla, con respeto, que bien podía haber sido el oficio traído por el Hidalgo arrancado á la cobardía del alcalde; y allí fué el temor de que se me mandara arcabucear, según se puso la señoría... Pamemas, Gildo, que como se oyó al preso y se le creyó por su palabra respetive al atropello, bien pudieron creermé á mí y dejar la cosa tan siquiera en el aire hasta saber lo cierto. Pero había ganas de amparar al hombre contra nusotros los liberales, y ahí está la jaba.

—Y ¿qué sucedió después?

—Sucedió, hijo, que al ver el sesgo de las cosas, quise tomar soleta, y que por entonces no lo consintió la autoridad. Puso un oficio para este alcalde, que echaba lumbres, por su mal gobierno y proceder, y me le entregó con estas palabras: «Que se me acuse recibo de esta comunicación, y lárguese usted de ahí inmediatamente.» Salí echando chispas, y muy

contento porque no me mandaban á la horca. Llegué aquí, entregué el oficio á ese... Bragas, y pensé que se acongojaba de angustias al leerle.

—¿Y don Román?

—Allá quedaron todos como la uña y la carne... ¡Pantomina, Gildo, pantomina! Ensalzaos de pega... Total igual de estas andróminas: que con tanto batallón y tanto mangoneo, estamos aquí en el aire, y que tenemos que agarrarnos más en firme.

—¡Bueno está el pueblo para eso, padre!

—No te quejes del pueblo, Gildo, que no se ha portado mal hasta la presente. Mírate lo que eres, mira lo que fuiste, y dí si en menos tiempo ha podido darnos más.

—No hable de eso, padre, que nadie nos puede ver.

—Después de haberte comido la carne, ¿qué se te da á tí por los huesos que arrojastes al corral?

—Mala cuenta es esa; que mucho vale la estimación de las personas.

—Eso va en gustos, Gildo; y escucha lo que te quiero decir. En lo tocante á bienes, quedarnos en el pueblo muy poco que apandar: á subido está en mi casa lo que no he podido evitar que se recoja en la del alcalde, fuera de lo mucho que pertenece á don Román. Quiere decir-

se que, en caudales, estamos al cabo en lo que te prometí en su día, y aun antes con antes de lo que era de esperar. Hoy por hoy, Gildo, ni el sable ni el clus me valen ya de gran cosa de por sí mismos, y necesito darme otras importancias más imponentes, sin desatender por eso el intento de ir redondeando la hacienda poco á poco.

—No le entiendo, padre.

—Voy allá, hijo. Ya sabes que muy pronto va á haber eliciones para las Cortes del Congreso.

—Lo sé.

—Pues sábetelo además que voy á tomar parte en ellas.

—¿Por quién?

—Por mí mismo.

—¿Por usted, padre!

—Por mí, hijo.

—¿Está usted en sus cabales! ¿Quién le conoce á usted! ¿Quién ha de ayudarle! ¿Qué pito iba usted á tocar allá!

—Estoy en mis aplomos; me conocen en el pueblo; me ayudarán los que deben hacerlo, y no sé qué pito me correspondería en el Congreso, porque no he pensado entrar en él por hoy.

—Entonces, ¿por qué se cansa en buscar quien le vote?

—Por dos motivos. Sé que al alcalde se le

ha recomendado ya por el Gobierno la persona que conviene sacar adelante, y sé que don Gonzalo ha de echar los bofes al auto, porque cree que en la ganancia le va una cruz ó da qué gracia... Pues enfrente de esa persona me pongo yo con las gentes que aquí me están obligadas, por deudas y otros compromisos serios; se armará la gresca consiguiente, y al fin de la batalla oservará el más ciego que, hoy por hoy, nadie manda más fuerza que tu padre en Coteruco. Éste es el primer motivo.

—¿Y si el alcalde puede más?

—¡Bah!... en buena ó en mala ley, yo te juro que ha de valer la mía... y vamos al segundo motivo. Bien sé, Gildo, que no he de tener más allá de un centenar de votos en este pueblo, y algo que pellizque en los cercanos; pero esto no me puede quitar á mí la sastifación y la gloria de haber andado en candidatura.

—¡Vaya una gloria!...

—Más de lo que se te figura, Gildo. Hoy por hoy, soy Patricio Rigüelta, el arbitrista que se mete á personaje y lleva un revolcón... Suponte, hijo, que se ríen de mí por el atrevimiento y el descalabro, que es cuanto puede suceder... Pues pasa un año, ú pasan dos, y ya nadie se acuerda de los cien votos que tuve; y al decir yo «anduve en candidatura,» los que me oyen, ó lo saben, me suman con los

que fracasaron conmigo con muchos votos, sin tener en cuenta los pocos míos; y ya no soy el rematante de Coteruco, que hizo la triste figura en la elición, sino un hombre pudiente que anduvo en candidatura y estuvo á pique de ser diputado... Y con ese antecedente, Gildo, la persona se encumbra mucho en el respeto de las gentes... y al fin y al cabo, se sale con la suya y llega á las Cortes... ó á punto que le convenga más...

—¿Y con toda resolución ha pensado usted en ello, padre?

—La tenía hecha, hijo; pero desde lo de ayer, las horas que pasan sin echar la sofflama á la calle, parécenme siglos.

—¿Sofflama va á dar también?

—Discurriéndola vine por el camino, y en el magín la tengo ya, de rechupete... Y no se hable más del caso; pero desde mañana empezaremos á trabajar sobre él, sin perder hora ni perdonar medio.

—Bien está; pero de lo de anoche ¿en qué quedamos?

—¿De los moquetes que te alumbraron?

—Paéceme á mí que la cosa bien merece...

—¿Quién se para en eso, hijo!... Además de que contra fuerza mayor, nada se puede... Guarda la ofensa, eso sí, pero con disimulo; y en primera ocasión, cóbrate en buena moneda.

—Pero la sangre jierve, y no da aguante.

—Más nos han aguantado ellos, hijo: consíderalo.

En esto, resonaron dos golpes á la puerta; salió á abrir Gildo y entró el alguacil con recado para Patricio de que fuera éste á verse inmediatamente con el alcalde.

Al salir de casa el pardillo, momentos después, vió pasar por delante de la puerta un bulito colosal que iba hacia la Casona. Era don Lope que volvía, con la cachava al hombro. Patricio no salió á la calle hasta que el bulito se perdió en la obscuridad y sus pasos cesaron de oirse. Tal miedo le infundía don Lope.

—Esto me prueba—murmuró el intrigante, —que el pájaro ha vuelto al nido... Por mucho que Gildo diga, esta vuelta tiene más que roer que los moquetes de anoche.



XXVIII.

NUBES SINIESTRAS.

LUCAS se hallaba al lado de Osmunda cuando entró don Lope en la Casona. Le llamó el Hidalgo á su cuarto y le dijo:

—Mañana, en cuanto amanezca, saldrás del pueblo para no volver á él mientras yo viva. Quedóse absorto el cojo, y no supo qué responder.

—¿Me has entendido?—añadió don Lope, mirándole con fiereza.

—Perfectamente—respondió Lucas.—Pero ¿adónde voy? ¿Cómo viviré?

El Hidalgo arrojó sobre la mesa un pliego cerrado.

—Con ese mendrugo,—dijo al mismo tiempo.

Lucas se abalanzó al papel y le abrió con ansiedad. Era una credencial de un destinillo subalterno, que se le daba en la ciudad. Poco valía; pero al fin era algo que, en su concepto,

le ponía en camino de conseguir mucho más, acercándole al calor de la vida política. Quiso mostrar su agradecimiento á su tío, creyéndole causante del beneficio que recibía; pero don Lope se le anticipó diciéndole:

—Te prevengo que mi propósito fué, después de decir á la superior autoridad lo pernicioso que era tu presencia aquí para la paz pública, y hasta para el decoro de la bandera que has levantado y crees defender, suplicarle que te llevaran entre bayonetas y te pusieran á buen recaudo por mucho tiempo; pero un corazón demasiado generoso intercedió por tí...

—Tengo buenos amigos en todas partes— interrumpió Lucas con énfasis:—son harto notorios mis sacrificios por...

—¡Mentecato!—dijo á esto don Lope, mirando á su sobrino con el mayor desprecio.— Al hombre á quien ayer atropellaste inicua-mente aquí, y á sus amigos de la ciudad, debes ese pedazo de pan. Medita unos instantes sobre ello; y si te queda un asomo de vergüenza, lava con tu vida infame la mancha que has arrojado sobre el nombre que llevas. Nada más tengo que decirte.

Con estas palabras y un ademán harto expresivo, despidió al energúmeno, que, por entonces, no tenía gran empeño en departir con su tío. Separóse de él, muy á su gusto, y fué á

enterar á Osmunda de lo ocurrido, si bien ocultándole la historia de la credencial, cuyo origen atribuyó á sus altos merecimientos. Sintió la infanzona gran pesadumbre al considerar que volvía á verse sola en la inmensidad de aquel triste calabozo; pero nada dijo á su hermano, cuya prosperidad no la pesaba, límite máximo de sus más entrañables sentimientos. Púsose en el acto á acomodar en el viejo malecón el inverosímil equipaje de Lucas; y, entre tanto, salió éste de la Casona á despedirse de sus amigos y averiguar lo que aún ignoraba sobre el recibimiento hecho en la ciudad al prisionero, asunto que había despertado en gran manera su curiosidad, desde que supo que don Román volvía regalándole credenciales después de haberle enviado él entre bayonetas.

Cuando el cojo llegó á casa de don Gonzalo, hallábase éste empeñado en gran porfía con Patricio. Le había llamado el alcalde para que le prestara todo su poderoso auxilio en favor de la candidatura recomendada por el Gobierno, y Patricio le había respondido que su auxilio le necesitaba él para sí propio. Ni ruegos ni amenazas lograron ablandar la dureza del pardillo.

—Mire usted—decía don Gonzalo, casi llorando,—lo que reza este oficio que usted mismo ha traído, camará. Estoy á pique de que me for-

men un consejo de guerra, y yo necesito hacer algo en bien de esas gentes poderosas. Tengo una carta particular y secreta en que se me manda echar el resto por la candidatura... ¡Mire, por Dios, que si no, me jundo, camará!

—Señor don Gonzalo—contestaba Patricio con mucha calma:—por complacerle á usted se dió ese paso ayer. Si hubiera salido bien, para usted hubiera sido el fruto. Salió mal; pues sean para usted las consecuencias.

—Pero ¿qué va á sacar usted de esas batallas, hombre de Dios! ¿Qué méritos le llevan á tan altas ambiciones?

—Parecidos á los que á usted le encajaron de un golpe en los tres puestos más altos de Cotéruco...

—¿Conque no hay modo de entenderse!...

—Ninguno, al menos que usted no se resuelva á ayudarme á mí.

—¡Tendría que ver, camará!

—No haría en ello más que pagar lo que debe á quien tanto le ha ayudado á usted hasta hoy.

—¡Son muy distintos los casos!

—No lo dirá quien esté en sus cabales.

—Dejemos por ahora esa cuenta, señor Patricio, que ya se ajustará algún día, y entienda, por de pronto, que la guerra que va usted á hacerme, de nada le servirá.

—Eso es lo que hemos de ver.

—Tengo ya de mi parte á todos los hombres que algo pueden aquí: me han dado su palabra.

—Mientras no tenga usted la mía...

—¿Piensa usted volverlos atrás, camará?

—Pienso hacer al respetive todo lo que pueda, señor alcalde; y ya sabe usted que no es poco.

En esto entró Lucas. Enteróle don Gonzalo de lo que ocurría, y el fanático aplaudió las «nobles aspiraciones» de Patricio, y hasta pronunció un discurso ponderando la necesidad de ver á «las clases trabajadoras» en los altos poderes del Estado. Al atribulado alcalde se le acabó de desmayar el alma con aquel desengaño que no esperaba; y mayor fué su angustia todavía cuando Lucas les hizo saber que al día siguiente se marchaba de Cotéruco para no volver.

—Pero aunque me voy—añadió con cómica solemnidad,—mi espíritu quedará entre vosotros. Me llaman los hombres que disponen de los destinos de la provincia, y ya supondréis que á su lado trabajaré siempre por la prosperidad de este noble rincón, cuya cultura es obra nuestra.

No se tranquilizó don Gonzalo con estas promesas, porque iba conociendo que la palabrería de Lucas no acarrearía más que conflic-

tos; pero Patricio vió la noticia por un lado más placentero. La marcha de aquel personaje le dejaba á él dueño absoluto del pueblo. Dióle la enhorabuena con todo el corazón, y á su vez largó un discurso sobre la conveniencia de que los hombres de saber y de palabra estuvieran donde debían estar. Abrazó á Lucas, prometió éste ir á despedirse de Gildo luégo que hablara con don Gonzalo, y salió el pardillo derecho á la taberna, donde esperaba hallar, y así sucedió, á Polinar Trichorias, para interesarle en su concebida empresa antes que don Gonzalo le comprometiera, ó para arrancarle el compromiso si le había empeñado ya.

Estaba Polinar á aquellas horas bastante cargado de vino, y precisamente despellejando á los Rigüeltas en un círculo de maldicientes, con motivo de los sucesos del club. Llamóle Patricio aparte, habló con él pocas palabras, y salieron juntos á continuar la conversación en la calle.

Enterado Polinar del caso, respondió al solicitante que estaba comprometido con don Gonzalo, y que él no tenía más que una palabra. Patricio no retrocedió por eso en su empeño. Polinar era hombre de gran valer en tal empresa. Su carácter siniestro, sus aires de matón y su reciente encumbramiento en el municipio, le daban grandísima influencia sobre

todos los perdularios del lugar; y como últimamente pertenecían á este gremio la mayoría de los hombres de Coteruco, en una lucha sin cuartel era un enemigo terrible para los caciques. Harto lo sabía Patricio, y por eso insistió con él, empleando todos los recursos de su táctica seductora, bien acreditada entre gentes de su pelo. Pero de nada le sirvió esta vez. Polinar tenía, según aseguraba, muchos agravios que vengar en Patricio, y hasta se alegraba de que se le hubiera presentado aquella ocasión de contrariarle.

Abandonó el capitán de voluntarios el recurso de las dulzuras, y adoptó el de las amenazas.

—Ya sabes, Polinar—dijo á éste,—que no hay hombre sin hombre.

—Por eso me buscas tú á mí ahora—respondió Polinar con mucha calma,—porque me necesitas.

—No lo niego, Polinar; pero caso puede llegar de más apuro que el presente, en que tú me busques á mí... y no me alcuentres tampoco; que el que no siembra no coge.

—Por siembras de algún beneficio le he dado al alcalde la cosecha de este favor que he de hacerle. Respóndote, Patricio, con tu misma ley, para que no te quejes.

—Pues á ella me agarro, y te digo que, beneficio por beneficio, el que á mí me estás de-

biendo de años atrás, no tiene comparanza con ninguno.

Los ojos de Polinar brillaron como dos ascuas entre las tinieblas de la noche; y si tan densas no hubieran sido éstas, Patricio habría visto en la fisonomía de su interlocutor algo de siniestro y amenazante.

—No es de hombres de corazón—dijo Polinar conteniéndose,—echar á otro en cara favores que le hayan hecho... ¡pero echarlos cuando no los hay, Patricio!...

—Pues tampoco es de hombres de bien olvidar el beneficio; ¡pero negarle cuando está delante de los ojos, Polinar!...

—¡Yo no te debo nada!

—¡Me debes... la vida! ¿Te parece poco?

—¡Patricio!...

—No alborotes, Polinar, que no te tiene cuenta.

—¡No me provoques tú!

—¡No me niegues la luz del día!

—Tengo todas mis cuentas ajustadas al respetive.

—Bien sabes que eso no es verdá; que puedo perderte el día que me dé la gana...

—¡Patricio!...

—Que se echó tierra al asunto, porque no se hallaron pruebas bastantes, y que se te puso en libertad dejando abierta la causa...

—¡Mira que no respondo de mí!...

—Pues has de oirlo para que en la memoria lo tengas al trabajar contra mí. En el monte había un hombre cuando distes el golpe al transeunte, y ese hombre, que te vió sin ser visto, recogió junto al muerto pruebas que te condenan.

—¡Patricio!...

—Y esas pruebas están en lugar seguro, y saldrán en su día con mi declaración... y te llevarán al palo...

Todo esto lo decía Patricio en voz baja, nerviosa y punzante, y Polinar lo oía mordiéndose los labios cárdenos, acariciándose el negro ceñidor con las manos trémulas, y mirando al atrevido con ojos de hiena. Con sobrehumano esfuerzo consiguió dominar otra vez los impulsos que le atormentaban, y respondió con voz sorda, asiendo de un brazo á su temerario interlocutor:

—Ya te habrás hecho cargo, Patricio, de que tomo á chanza eso que dices, cuando aquí que naide nos oye ni nos ve, no te he metido un palmo de hierro en la asadura.

Estas palabras recordaron al ofuscado trapi-sondista que había ido demasiado lejos en sus provocaciones á aquel hombre, en sitio tan solitario y hora tan avanzada.

—No es decir esto, Polinar—repuso bajan-

do mucho la temperatura de sus humos,—que yo quiera hacer uso contra tí de cosa alguna que te pierda... sino que como tú te niegas á todo... hasta á confesar que me debes ese favor...

—¡Y lo niego otra vez!

—Entonces ¿por qué en otras ocasiones no lo has negado?

—Para acabar de un golpe, Patricio, esta porfía, en bien tuyo... y de los dos: si con toda verdá crees lo que me aseguras; si tus ojos no te engañaron en lo que dices que viste en el monte en aquella ocasión, tenlo en cuenta y no me provoques; que quien hace un cesto, hará un ciento; y mal andaría la cosa cuando, si me vendieras, me faltara un rato como éste para mandarte á la eternidad antes que á mí me llevaran al palo.

Dijo Polinar, alejó de sí á Patricio con un empujón, y se volvió á la taberna. El trapiondista permaneció unos instantes en la actitud en que le dejó la brusquedad del otro; rascóse la cabeza, como acostumbraba en los casos de apuro, y dijo, al cabo, para sí, mientras caminaba lentamente hacia su casa:

—El aviso es de estimar; pero pagar, me la pagas, como en la presente no me sirvas; que á dar golpes sin que suenen, no me ganas tú ni la perra que ha de volver á parirte.



XXIX.

SUCESOS TRANSCENDENTALES.

DON Román, Álvaro y don Lope, á caballo los tres, volvieron juntos de la ciudad; pasaron á todo correr de sus fatigadas bestias por delante de Coteruco, y siguieron, sin detenerse, á Solapeña.

Renuncio á pintar la entrevista de don Román con Magdalena y la buena Narda. El lector puede imaginársela.

Don Lope dijo á la primera, tan pronto como los brazos de su padre se resignaron á desprenderse de ella:

—Ofrecí á usted, señora, devolverle la prenda que la habían robado: he cumplido mi palabra; y después de hacérselo ver, á lo cual únicamente he venido aquí, tengo el honor de besar sus pies y de pedirle su venia para retirarme.

Las manos quisieron besar Magdalena y Narda, henchidas de gratitud, á aquel hombre